

A ANGELA FIGUERA AYMERICH,
VENCEDORA DE ARCANGELES,
SERAFINES, QUERUBINES, TRONOS...

*No te alcanzó el aroma de la rosa,
desvanecida en el hedor de tanta
podredumbre escondida en su fragancia
como encontró tu verso, ni tus ojos
con calma trasladaron los colores
ingenuos del paisaje a tus entrañas,
que advertían con lúcida dureza
la contienda implacable de las cosas
con las cosas, del verde con el fuego,
del agua con la boca siempre seca,
del hombre con el hombre: no el arcángel.
Si el airoso edificio te mostraban
orgullosos de siglos, tanta muerte
como alzarlo costara al hombre pueblo
te helaba el corazón. Si la hermosura
de la Creación un torpe lazarillo
pretendía enseñarte, la tristeza
multiplicada en ella por lo inicuo;
la despiadada mano del acaso
que algunos llaman Dios; el sufrimiento
con culpables de nombres y apellidos
solemnes y honorables, tus palabras,
vestían de blasfemia que un impulso
de humana y fraternal misericordia
te ponía en los labios, madre nuestra
que no estás en el cielo, sino viva
y en el recuerdo humilde
de cuantos aprendimos en tus libros,
y al contacto sereno de tus años,
que no es nuestro ese pan de cada día
robado también hoy... los que aprendimos
que, pues la máscara
de la crueldad es bella, imperdonable
para el dios colectivo que albergamos
negarle será el hombro a la tarea
de arrancarle el dolor a la simiente
de la justicia libre y la paz justa,
crueldad a la belleza, a tanto insulto...
tanta belleza cruel, tanta belleza.*

CARLOS ALVAREZ
Madrid, mayo de 1.984

*Zure begi zorrotzak
biotza maitemindu nau,*

*zure ilea boladan
erakartzen ditu nere begiak,*

*zure aurpegi leun horrek
uda goizetako hondartzak gogoratzen,*

*zure izaera soro horrek
bildurtzen eta harritzen nau.*

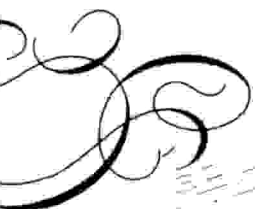
JOSEBA PALENZUELA

Mi recuerdo

de Angela Figuera

Al final de los años cuarenta pagaba una peseta por tomar el ascensor de Solokoetxe y subir con él a lo más parecido al paraíso terrenal: las tertulias sabatinas y dominicales que se organizaban en el chalet "Munitis", en el Carmelo bilbaíno. Pasaba uno antes por la calle Fica, ante la siniestra prisión de Larrinaga, donde aún se oían los gritos de los centinelas militares y donde todavía había algún ajusticiamiento. Las tertulias, digo, se organizaban gracias a la generosísima hospitalidad del pintor Rafael Figuera, hermano de Angela, nuestra poeta. Mi gozo primero era que acababa de dejar atrás el caserón sombrío de la cárcel y, abajo, Bilbao metido en nieblas sucias hasta la cintura, y sólo con entrar en la casa de Rafael ya se encontraba uno, gracias a sus pinturas, en un horizonte mediterráneo. Los suaves azules de cielos inventados; los blancos deslumbrantes de los vestidos y la variada y rica policromía de los lienzos, calentaban de brillos la sangre.

Luego, qué hermosa aquella complicidad de Sara, la mujer de Rafael, y de Itziar, la compañera de Jorge Oteiza, para recibir con ramos de flores a Blas, que era el Poeta por definición. Nunca olvidaré la lenta y grave voz de Blas cuando evocaba a sus ángeles con duras alas de cadenas, y, más tarde, al declamar para "la inmensa mayoría". Le escuchábamos así, como perdidos por el intervenir en la incruenta batalla de nuestras reflexiones sobre la cultura. La voz impetuosa, el juvenil entusiasmo de Jorge Oteiza se convertían bien pronto en los protagonistas principales de la reunión. A veces acudían a la tertulia Federico Krutwig, y Rafael Zarco, y Rafael Morales, el poeta toledano que llegaba a Bilbao por la querencia de su esposa, bilbaína, y nos traía sus toros de espuma, sus hermosas



JOSÉ MARÍA
MUÑOZ/84.º.

manadas que cabían en un soneto preciso como en un toril. Y Gabriel Celaya que venía con Amparitxu en viajes relámpago desde San Sebastián y que me deslumbró con su enorme risa pánica la primera vez que lo conocí.

Y venía Angela. Angela venía los veranos. Se escapaba de Madrid y se llegaba a vernos. Angela tenía una sonrisa con hoyuelos en las mejillas. Confortable. Te sentías a gusto sólo con verla sonreír. Sonreía siempre. A veces venían a verla, cuando se enteraban que ella estaba en Bilbao, jóvenes poetas, admiradores de su poesía. Nunca les hablaba como una profesora, recuerdo, como una poeta "consagrada".

Les hablaba como una amiga. Como una madre, diría mejor. Ya había escrito su libro *Mujer de barro*, ese bellissimo primer libro lleno de ternura, tan justo, tan preciso en su expresión que no le falta nada para ser una gran obra, ni le sobra tampoco un renglón para ser tan sólo una hermosa ofrenda de amor a su hijo. Ya lo dice ella en su presentación: "Mujer de barro soy/ pero el amor me floreció el regazo..."

Y después publicaría *Soriapura* (1949), *Vencida por el ángel* (1950), *Víspera de la vida* (1951), *El grito inútil* (1952), *Los días duros* (1953), *Y Belleza cruel* (1958), que lleva un prólo-

go de León Felipe donde el viejo poeta reconoce la dignidad de voces como la de Angela para afirmar los valores de la palabra enfrentados a la injusticia y la cobardía.

Han pasado muchos años. Muchos. Y de pronto, nos ha llegado la noticia de la muerte de Angela en Madrid. Y uno sólo puede atestiguar, ahora que Angela no está aquí, con nosotros, que hemos perdido todos una gran poeta, una gran amiga. Yo quiero recordar, sobre todo, su ancha sonrisa. Su morena sonrisa con hoyuelos en las mejillas. Y sus versos.

Mayo
VIDAL DE NICOLAS